

Evolución de las ciencias sociales en América Latina (1973-1992)

Raquel Sosa Elizaga

Dos cosas sorprenden al lector interesado en el desarrollo reciente de las ciencias sociales latinoamericanas: la inmensa productividad de los investigadores, y la escasa reflexión escrita sobre el trabajo realizado. Un continente que ha vivido tan importantes cambios económicos, sociales, culturales y políticos en los últimos veinte años, ha ocupado mucho más a sus científicos en la constatación de los hechos ocurridos y en el análisis de las tendencias a corto plazo, que en una valoración crítica del carácter y los alcances de sus búsquedas.

La polémica contemporánea sobre la evolución y crisis general de los paradigmas de conocimiento social ha ocupado a algunos investigadores latinoamericanos en los últimos tiempos, y a ella nos referimos en otro trabajo.¹ No podemos dejar de anotar aquí, sin embargo, que la influencia de los acontecimientos y del pensamiento europeo está por lo general presente en la reflexión de nuestros científicos sociales, y que ha sido a través de la discusión sobre la vigencia de las categorías y orientaciones de sus clásicos y contemporáneos que han llegado a interrogarse sobre su propio quehacer.²

Nuestro interés en este ensayo es aportar algunas informaciones generales y algunas reflexiones sobre la evolución de un pensamiento social de extrema riqueza, cuya característica general ha sido un intenso compromi-

¹ "Observaciones en relación a la llamada crisis de los paradigmas", *Memoria*, México, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, enero de 1993 (en prensa). Cf. también los trabajos de Pablo González Casanova, "Paradigmas y ciencias sociales, una aproximación" y de Sergio Bagú, "América Latina: esbozo de defensa de lo sustancial", en *Dialéctica*, núm. 22, Universidad Autónoma de Puebla, primavera de 1992.

² El ejercicio más completo de reflexión sobre este tema lo realizó, a mi juicio, Sergio Bagú en *Tiempo, realidad social y conocimiento*, México, Siglo XXI, 1971; es importante analizar, en esa perspectiva, los trabajos de Hugo Zemelman. Como ejemplo, "Hacia una reflexión sobre las ciencias sociales en América Latina", en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA/UNAM, núm. 6-7, enero-diciembre de 1989.

so con el desarrollo histórico y sociopolítico de los países en que y para los que se ha producido; no podemos obviar, por ello, la referencia a la evolución de las instituciones que han cobijado semejantes esfuerzos y el modo en que su propia situación y el financiamiento de que disponen incide y con frecuencia determina la orientación que siguen muchos de los estudios realizados en ellas.

La diáspora de la Unidad Popular

El acontecimiento que indudablemente marcó el corte más dramático en la evolución del pensamiento latinoamericano de principios de los años setenta fue el golpe de Estado que derrocó al gobierno de la Unidad Popular en Chile. A la destrucción de centros de investigación, escuelas e instituciones dedicadas a las ciencias sociales siguió, como todos sabemos, la persecución, prisión, muerte o exilio de los más importantes cuadros de la investigación científica que tenía entonces ese país. Sin embargo, me gustaría destacar, por una parte, que en Chile se habían reunido decenas de intelectuales exiliados de otros países latinoamericanos para los que la experiencia socialista constituyó un enriquecimiento fundamental; y, por la otra, que fue allí donde se socializó de manera amplia y plural la necesidad de que los intelectuales contribuyeran a desarrollar, desde sus propios ámbitos y en contacto intenso con la dirección política de su país, un programa de transformaciones sociales de largo alcance y de dimensión continental.

Hago un paréntesis aquí para plantear las limitaciones de dos experiencias anteriores de distinta naturaleza cuya influencia cristalizó en los debates que se produjeron en torno a la Unidad Popular, y que constituyen un antecedente indispensable para comprenderla: la institución del estudio de la problemática social latinoamericana en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de la Organización para las Naciones Unidas, y el establecimiento de un poder de masas alternativo al capitalismo que se produjo como consecuencia de la Revolución cubana.

La fundación de la CEPAL, realizada en 1947, fue ocasión de la primera agrupación de sociólogos y economistas latinoamericanos que se propuso realizar una evaluación crítica del estado de desarrollo de los países del subcontinente, así como desentrañar las limitaciones del pensamiento europeo y norteamericano para explicar la realidad histórica y contemporánea de esa zona del planeta. Los trabajos de Raúl Prebisch, Aníbal Pinto y Celso Furtado formaron una escuela que nutrió a todas las corrientes del pensamiento social, cuyas recomendaciones alcanzaron a ser —parcial o

temporalmente— aplicadas como políticas de Estado en México, Brasil, Argentina y el propio Chile.³ No obstante, la asociación de la institución, a mediados de los años sesenta, con políticas como las de la Alianza para el Progreso, obligó a muchos de sus cuadros a abandonar sus filas y buscar opciones de estudio y compromisos más radicales y críticos que los que ella podía albergar.⁴

La Revolución cubana y la incomprendida hazaña del Che tuvieron, en ese mismo periodo, efectos de más largo alcance en los círculos académicos, que contribuyeron a redefinir líneas de interpretación y orientaciones políticas de un importante sector de intelectuales latinoamericanos. No obstante, el bloqueo norteamericano impidió que fluyera la comunicación entre los científicos sociales cubanos y el resto de los latinoamericanos. Es posible que a ello se deba que, aun cuando la mística revolucionaria aportó una gran vitalidad a los estudios que sobre la temática del desarrollo y el cambio social se hacían en el resto de la región, ella no se tradujera en una producción significativa de análisis críticos de la experiencia popular de organización y construcción del nuevo tipo de Estado que ocurría en la isla. La alineación cubana a la Unión Soviética no hizo más que agravar las cosas, en la medida en que dio lugar al asentamiento de una orientación positivista, funcionalista y acrítica (que era la que podía exportar el “socialismo real”) en los precarios centros de estudio de un país como Cuba, cuyas energías estaban fundamentalmente destinadas a la defensa de la soberanía nacional y la solución de los más urgentes problemas sociales.⁵

³ Para un análisis crítico de los trabajos realizados por esta institución, Cf. Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI, 1980; Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1978; Joseph Hodara, *Prebisch y la CEPAL*, México, El Colegio de México, 1987; Carlos Mallorquín, *El pensamiento de Celso Furtado*, México, tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, 1992; así como la colección de *la Revista de la CEPAL*.

⁴ La institución se mantuvo, sin embargo, y ha sobrevivido a éste y otros altibajos. Además de las aportaciones señaladas, es autora de informes anuales que constituyen, hasta el día de hoy, materia fundamental de consulta para todos los estudiosos de la economía y las sociedades latinoamericanas.

⁵ No es éste el espacio en que pueda desarrollarse un análisis más acucioso de la vasta influencia de la revolución cubana en los estudios latinoamericanos. Nos referimos, más bien, al hecho de que, durante muchos años, fueron los discursos de los dirigentes políticos cubanos (Cf. Fidel Castro, *Voz e imagen de la Revolución cubana*, México, Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales José Martí, 1965; o Fidel Castro, Osvaldo Dorticós, Raúl Roa, *Así se derrotó al imperialismo*, México, Siglo XXI, 1978) las únicas fuentes de estudio de la revolución. Análisis como los del historiador Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1967; o de Gérard Pierre-Charles, *Génesis de la revolución cubana*, México, Siglo XXI, 1976; y *El Caribe Contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1981, fueron brillantes excepciones a esa regla.

Por eso, y volviendo a la Unidad Popular, fue el prestigio continental de un gobierno de larga tradición democrática y cuyas dificultades no impidieron el ejercicio del pluralismo tanto político como académico, lo que permitió que se sintetizaran de manera crítica experiencias como las anteriores, al tiempo que exploraban sus horizontes nuevas corrientes que se convirtieron en fuente de una reflexión más profunda y duradera entre los científicos sociales del continente. La Unidad Popular marcó, además, a quienes la vivieron, con un estilo de trabajo y discusión colectivos, con un sentido de la relación entre política y academia, y con una necesidad de encontrar caminos alternativos para la construcción de una hegemonía popular, que siguen hasta ahora presentes en las generaciones de científicos sociales y políticos que contribuyó a formar.

En América Latina, el exilio procedente de Chile se concentró en tres sitios privilegiados: México, Costa Rica y Cuba, aunque ello no obstó para que fundara o enriqueciera instituciones académicas como las venezolanas, las panameñas y hasta las ecuatorianas. Hemos descrito en otro trabajo las condiciones del arribo de los científicos sociales a México y las líneas naturales de investigación que los agruparon en los años posteriores a 1973.⁶ Aquí señalaremos solamente el hecho de que fue, entre otros, en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, que se reagrupó el núcleo de procedencia más plural y posiblemente más avanzado de los exiliados que se instalaron en este país: nombres como el de Ruy Mauro Marini, Agustín Cueva, René Zavaleta, a los que se agregarían poco después, exiliados de la Argentina, Sergio Bagú y Gregorio Selser, son referencia actual obligada en cualquier estudio social que se realice sobre la región.

Los años setenta estuvieron marcados en éste y otros centros por un análisis crítico de la realidad latinoamericana realizado desde distintas perspectivas, pero con importantes puntos de encuentro: las condiciones de implantación del capitalismo, la articulación de modos de producción, la precariedad de la unidad nacional, la formación de las clases sociales, el papel del Estado, y el peso del intervencionismo externo fueron algunos de los temas en torno a los cuales se produjeron encen-

⁶ Cf. "El tiempo recobrado: memoria de treinta años del CELA", en *Estudios Latinoamericanos*, México, Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, núm. 9, julio-diciembre de 1990. También, Coordinación de Humanidades de la UNAM, *Balance y perspectivas de los Estudios Latinoamericanos*, México, UNAM, 1985.

didadas polémicas.⁷ A mediados de la década, México era prácticamente el único país latinoamericano en que se editaban y desde el que se exportaban libros y revistas de análisis social crítico, de modo que no es audaz afirmar que fueron sus instituciones, y particularmente la Universidad Nacional, las que iniciaron o alimentaron los debates más ricos de la época⁸; cientos de estudiantes, hoy profesionales en el estudio de la región, se formaron en sus aulas, y sus delegaciones en los congresos de todas las ramas de las ciencias sociales fueron desde entonces las más activas, numerosas y representativas del subcontinente.

En ese contexto, nos pareció natural que se rompieran las absurdas y artificiales fronteras del conocimiento que habían separado a la antropología de la geografía y la historia; a la economía, de la sociología y la ciencia política. Se volvió una norma la socialización intensa de polémicas de distinta procedencia profesional en todos los eventos en que se discutiera la problemática latinoamericana. Por ello, la interdisciplinariedad fue asumida, consciente y voluntariamente y constituyó, junto con el reconocimiento de un objeto de estudio propio y común, el de nuestra región, una de las aportaciones más notables y permanentes de las ciencias sociales que se desarrollaron desde entonces.⁹

¿Cuáles fueron, en cambio, las limitaciones que enfrentaron los latinoamericanistas en ese periodo y cómo buscaron resolverlas? En primer lugar, una vez establecidas las líneas generales de investigación a partir de un objeto de estudio propio, el conocimiento de la región enfrentó dos obstáculos difíciles de superar con los recursos teóricos y el horizonte histórico de que se

⁷ Cf. Sempat Assadourian et al. *Modos de producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 40, 1977; con el mismo título, el número monográfico de la revista *Historia y Sociedad*, núm. 5, primavera de 1975; Helio Jaguaribe et al. *La dependencia político-económica de América Latina*, México, Siglo XXI, 1974; Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Ed. Era, 1973; Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1979; Aníbal Quijano y Francisco Weffort. *Populismo, marginalización y dependencia*, Costa Rica, EDUCA, 1973; René Zavaleta, *El poder dual en América Latina*, México, Siglo XXI, 1974; Edelberto Torres Rivas, *Centroamérica Hoy*, México, Siglo XXI, 1975; Norbert Lechner, *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978; John Saxe-Fernández, *Dimensiones hemisféricas de la Pax Americana*, Costa Rica, Ed. Ciencias Sociales, 1972; sólo algunos ejemplos de textos influyentes de ese periodo.

⁸ La riqueza de la discusión científica sobre temas latinoamericanos en México está en buena parte contenida en revistas como *Cuadernos Políticos*, *Comercio Exterior*, *Historia y Sociedad*, *Cuadernos del Tercer Mundo*, *Revista Mexicana de Sociología*, *Economía y Desarrollo*, *Trimestre Económico*, y la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. En cuanto a las editoriales, valdría la pena revisar las colecciones del Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, Era y Nuestro Tiempo, para citar sólo las más prolíficas en estos temas.

⁹ Cf. la evaluación que al respecto hizo Agustín Cueva, "Los estudios latinoamericanos en México" en *Balance y perspectivas*, op. cit.

alimentaron los científicos sociales de esos años: por una parte, la aplicación de las tendencias señaladas en historias y actualidades tan distintas como las del Cono Sur, Centroamérica, los países norandinos y el Caribe. A esas alturas, era evidente que no podían hacerse las mismas previsiones frente a situaciones con diverso grado de desarrollo capitalista, disposición desigual de recursos naturales (entre los que el petróleo sería, justamente, el más conflictivo de la década), y evolución diferenciada de las luchas sociales y políticas.¹⁰

Por otra parte, las hipótesis desarrolladas por el pensamiento más avanzado del periodo llevaron a una conclusión obligada que fue sólo temporalmente válida: en virtud de condiciones de dependencia externa semejantes, todos los países que emprendieran una lucha por su liberación nacional, tenderían a encontrar las mismas opciones que Cuba o Chile: el aislamiento internacional, el aplastamiento armado o la subordinación a bloques internacionales ajenos y opuestos a los regidos por los países capitalistas desarrollados, en particular, por Estados Unidos. Dicha perspectiva tendía a impedir la comprensión de las razones del fracaso de la mayor parte de las tentativas insurreccionales del continente, pero también oscurecía el análisis de las luchas por reformas en las que se habían involucrado históricamente las organizaciones populares y, consiguientemente, del significado de estas luchas en una perspectiva de ampliación y profundización de la democracia.

Enseguida, la historia volvió a adelantarse al pensamiento social y le planteó nuevos retos: casi a fines de la década de los setenta, la caída de la dictadura de Somoza en Nicaragua, bajo el peso de una amplia coalición popular dirigida por el Frente Sandinista de Liberación Nacional; y, en el extremo sur del continente, poco después de iniciada la década de los ochenta, el descrédito de los regímenes militares de Argentina, Brasil y Uruguay y el cercamiento de la dictadura chilena. De esta manera, fueron las perspectivas de un tránsito democrático las que obligaron a los científicos sociales a replantearse, no sólo su ubicación institucional y nacional, sino las tesis que habían sostenido durante los años oscuros.

Centroamérica: de la revolución a la guerra y de la guerra a la revolución

A fines de la década de los setenta, el estallido revolucionario nicaragüense hizo saltar en pedazos las suposiciones de la década anterior: se trataba allí

¹⁰ Cf. la evaluación crítica que hizo de ese periodo Agustín Cueva en *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Edicol, 1979. A este tema nos referimos también en R.S., "Agustín Cueva: un itinerario crítico", *Estudios Latinoamericanos*, núms. 11-12, junio de 1991-junio de 1992.

de la culminación de un proceso de formación de la hegemonía popular, largamente y por diversos caminos realizado, y en cuya dirección estaba no solamente la "vanguardia" revolucionaria, sino un amplio tejido de fuerzas que incluía a sectores clave de la burguesía. El inmediato hostigamiento de los Estados Unidos y el alejamiento de las fracciones burguesas de la conducción del proceso no rompieron, durante los más de diez años que duró la experiencia, el carácter pluralista, no alineado y humanista de la revolución. El aislamiento que se tendió en contra del gobierno nicaragüense fue sistemáticamente enfrentado con una creciente apertura democrática, con una libertad de prensa prácticamente total, y, sobre todo hasta mediados de la década de los ochenta, con una profundización del programa económico y social de la revolución. La guerra que libró Nicaragua fue, en estricto sentido, contra una intervención externa de diversas intensidades,¹¹ pero que aun en los peores momentos de crisis económica, bloqueo, gastos militares desbordados, muertos y heridos de guerra, y campaña ideológica de desprestigio, no disminuyó, sino que amplió el conocimiento y la experiencia democrática de sus bases.

El impacto de la revolución nicaragüense se sintió de inmediato en otros frentes, tanto políticos como académicos: la extensión de la actividad armada a Guatemala y El Salvador, donde tomó carácter de guerra interna; y la formación de un amplio grupo de especialistas que pusieron su conocimiento y su imaginación al servicio de las causas que promovían el gobierno nicaragüense y las organizaciones democráticas y revolucionarias del resto de la región. Importantes centros de reflexión se fundaron o reconstruyeron en la propia Nicaragua y en Costa Rica, y después de un vacío de muchos años, volvieron a realizarse allí congresos de ciencias sociales y a editarse publicaciones que enriquecieron enormemente la visión que, dentro y fuera de la zona, se tenía sobre su evolución.¹² Si de algo pecó la mayor parte de los estudios realizados al calor de las guerras centroamericanas, fue, sin embargo, de inmediatez. Todo hacía parecer como si, una vez trazadas las líneas generales (las contradicciones básicas) del desarrollo de la región, y resueltos y aprobados los principios de la

¹¹ Cf. Lilia Bermúdez, *La guerra de baja intensidad*, México, Siglo XXI, 1989; Michael Klare y Peter Kornbluh, coordinadores, *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, 1990; Gregorio Selser, *Los documentos de Santa Fe I y II*, México, Universidad Obrera, 1990.

¹² Debemos señalar, por ejemplo, el impacto de la instalación de una sede de FLACSO en Costa Rica; los trabajos de la Universidad Centroamericana (UCA) y del Centro Regional de Investigaciones y Estudios Sociales (CRIES) en Managua; y las revistas *Polémica*, *Enfoque* y *Estudios Sociales Centroamericanos*, entre otras.

acción política, lo demás "se daría por añadidura". Bastaba, por una parte, con seguir las coyunturas y los detalles del proceso y, por otra, mantener vivo el espíritu de la revolución.¹³

En contraste con el periodo anterior, las academias se llenaron de estudios con escasas pretensiones analíticas, la mayor parte de los cuales no eran sino relatos de la evolución de procesos específicos, o mera constatación de los hechos observados. Un sector importante de los científicos sociales centroamericanos se convirtió en cronista de fenómenos de transformación social cuyo contenido profundo y dirección, suponía, aparecerían con el mero paso del tiempo, o simplemente no se planteaba como problema propio dilucidar. Quienes escaparon a esta tentación se esforzaron, muchas veces en contra de la corriente dominante y de los propios protagonistas de los procesos, en recuperar lo que de permanente había en la evolución de la región y que la confrontaba, de un modo tan agudo, con experiencias vividas en otras partes del continente. Pero éste fue un empeño más o menos solitario, del que participaron, entre otros, Edelberto Torres Rivas, Xavier Gorostiaga, Carlos Vilas y Carlos Figueroa, cuyos trabajos deberán aún ser recuperados para una evaluación más rigurosa de las perspectivas de conocimiento de la región.¹⁴

El asunto que quizás escapó a muchos lectores y estudiosos legítimamente interesados y comprometidos con la transformación democrática de Centroamérica fue que un buen número de los trabajos realizados y, sobre todo, aquellos cuyo contenido empírico favorecía lecturas diversas, provocó el interés de otras tantas fundaciones privadas, de origen norteamericano o europeo, que contribuyeron a su difusión, al tiempo que iban introduciendo orientaciones y temáticas que, por las mismas razones, se ponían "de moda" en el Cono Sur. El estudio de los movimientos sociales y, avanzada la década, de los procesos electorales, fue sustituyendo en el

¹³ Valdría la pena revisar, por ejemplo, el riquísimo contenido de las ponencias presentadas en los congresos centroamericanos de sociología, que han tenido lugar a intervalos relativamente regulares, cada dos años a partir de 1981.

¹⁴ Mencionaríamos únicamente como referencia los textos de Carlos Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista*, La Habana, Casa de las Américas, 1984; de este mismo autor y Richard Harris, *La revolución en Nicaragua*, México, Era, 1985; de Carlos Figueroa, *El recurso del miedo*, Costa Rica, EDUCA, 1991; el texto editado por Edelberto Torres Rivas, *La democracia posible*, Costa Rica, EDUCA, 1987; los artículos de este mismo autor, "Centroamérica: democracias de baja intensidad"; de Xavier Gorostiaga, "Los dilemas económicos de Centroamérica 1990: integración o subtaiwanización", y de Carlos Vilas, "El desarrollo desigual de las condiciones revolucionarias en Centroamérica (1950-1980)", aparecidos en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA/UNAM, núm. 5, julio-diciembre de 1988; de Xavier Gorostiaga, "El legado de los sandinistas, 1979-1989" en *Nueva Sociedad*, núm. 106, marzo-abril de 1990; y de Carlos Figueroa, "Socialismo y revolución en Centroamérica", *Dialéctica*, núm. 21, invierno de 1991.

lenguaje y los objetivos de muchos profesionales de las ciencias sociales, temas que parecían propios de bárbaros, como el terrorismo de Estado, el intervencionismo externo, o los determinantes de la lucha social y política en condiciones de crisis económica y guerra regional.¹⁵

La "crisis de conciencia" (si puede llamársele así) sobrevino apenas terminada la década de los ochenta: en una región cada vez más sumida en la miseria, luego de una guerra que le ha costado la vida a por lo menos un cuarto de millón de seres humanos, muy pocos previeron la derrota electoral de los sandinistas, o la evolución de las negociaciones de paz en Guatemala y El Salvador, para no hablar de la invasión a Panamá, luego de la rendición del "nacionalista" y "progresista" financiador de eventos de ciencias sociales, general Noriega.

Una parte de quienes se habían dedicado a celebrar las "glorias" de la revolución sandinista o el avance armado de la URNG o del FMLN, pasaron a una constatación más: la fiesta, o dicho en términos más elevados, "el ciclo de la revolución" en Centroamérica se había terminado. Subirse al carro de la "democracia electoral" o "perfectible" o, simplemente, abandonar la temática centroamericana, serían las opciones escogidas por quienes no querían arriesgar en la paz precaria lo que obtuvieron sin demasiado esfuerzo en la guerra.

¿Qué ha enseñado, a pesar de todo, a las ciencias sociales la experiencia centroamericana, y en qué medida representa un avance respecto al conocimiento anterior? Para responder a esa pregunta, es necesario, tal vez, recoger el abundante material producido durante esos años, y darle un giro distinto al de las intenciones a las que sirvió o creyó servir. Centroamérica, al fin y al cabo, expresa al límite un proceso que vive el conjunto de los países de América Latina, y que tiene que ver con los objetivos y alcances posibles de la lucha actual por la democracia. La guerra es, por ello, una muestra de su máxima intensidad, al tiempo que su negación. Y aquí no se trata de limitarse a enfrentar —como hicieron los estrategas y teóricos conservadores de aquellos años— socialismo y capitalismo, Este y Oeste en una lucha a muerte librada precisamente en estos países. Debemos reconocer, como primer objetivo de una lucha popular por la democracia, el derecho a la supervivencia y de asimilar los ritmos, las discontinuidades y las reservas de pueblos sometidos a vertiginosas transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales.

¹⁵ Semejante internacionalización de las ciencias sociales centroamericanas está consignada, por ejemplo, en los informes anuales de fundaciones como Ford, Rockefeller, Chrysler, IBM, de la fundación Pablo Iglesias (del Partido Socialista Obrero Español), de la fundación Friedrich Ebert, (del Partido Socialdemócrata Alemán), etcétera.

Por esta razón, lo que tal vez deje de tener continuidad histórica no sea en estricto sentido la revolución, es decir, la posibilidad y necesidad de profundas transformaciones en todos los ámbitos, sino esa concepción de la revolución y de la guerra que consideró viables las soluciones finales y definitivas. Quienes creyeron posible la eliminación por la fuerza de un enemigo que suponían radicado en el exterior (como invasor), fueron incapaces de reconocer que éste forma también parte de una lógica de masas que escapa a todo instrumentalismo. Y esto vale, paradójicamente, tanto para quienes se la jugaron por la revolución, como para quienes trataron de agotarla, desangrándola o corrompiéndola. La historia de estos años debe aún abrirnos caminos para comprender el modo en que los pueblos administran su participación en procesos de cambio que afectan profundamente su vida individual y colectiva.

Metamorfosis sucesivas en el Cono Sur

El proceso conocido en el Cono Sur como "transiciones a la democracia" ocurrió paralelo a la intensificación de las guerras centroamericanas y dio, por lo mismo, un respiro a quienes percibieron la dictadura como un fenómeno temporal y ajeno al carácter básico de "civilizaciones" más avanzadas y complejas. La negociación entre grupos económicos dominantes y cúpulas militares condujo en Brasil, Argentina, Uruguay y, hacia el fin de la década en Chile, a la formación de gobiernos "civiles" que satisficieron las expectativas inmediatas de la mayor parte de las organizaciones políticas y de un no despreciable sector de los científicos sociales de esas naciones. El retorno de los exiliados políticos corrió paralelo a la reapertura de centros de investigación social en países como Uruguay, Brasil y Argentina, y a un cierto relajamiento en la persecución de intelectuales no adscritos a las organizaciones de izquierda, en Chile. La década y los gobiernos neoliberales que se instalaron como sustituto a las dictaduras serían, sin embargo, implacables en materia económica, de modo que se asumió como natural que fueran fundaciones extranjeras las que, en primer lugar, financiaran el grueso de los estudios sobre el comportamiento colectivo. La condición sería que el olvido presidiera la nueva era de florecimiento de "la libertad".¹⁶

¹⁶ El asunto, insistentemente denunciado por John Saxe-Fernández y Gregorio Selser en obras de los años sesenta, fue puesto nuevamente en evidencia por Agustín Cueva, "Sobre exilios y reinos (Notas críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana)" en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA/UNAM, núm. 4, enero-junio de 1988; y James Petras, "La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos" en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 5, op. cit.

La corriente dominante de la sociología conosureña se volvió entonces, como ha expuesto su intérprete más audaz, adicta al "orden". Su objetivo ideológico evidente fue el de instaurar en la mente y la voluntad colectivas la tesis de que la ruptura del orden institucional debida a la acción de los "extremos" políticos sólo sería superada mediante el establecimiento de un pacto de respeto a la pluralidad, que excluyera por completo la opción de la violencia. Para ello eran necesarias dos condiciones: que el pensamiento crítico dejara de insistir en la responsabilidad de los militares en los procesos de destrucción y aniquilamiento de la oposición durante los años de dictadura, y que se produjera una completa erradicación de los "maximalismos", es decir, que se asumiera colectivamente como *deseable* el estado de cosas posible.¹⁷

Luego de los primeros años de "estabilización" de las democracias "posibles", sobrevino en prácticamente todos los países de la región lo más agudo de la crisis económica iniciada a fines de los setenta. Gobiernos electos por mayoría perdieron todo su crédito al ser incapaces de controlar el desbordamiento de mecanismos con los que antes se había administrado el déficit público. El agotamiento de las reservas internacionales, la saturación del crédito y el aumento de las tasas de interés volvieron inmanejables la inflación y la deuda externa. Estas fueron las expresiones contables de un vertiginoso descenso en los niveles de vida de la población, un aumento del desempleo que llegó, en algunos países al 60 por ciento de la fuerza de trabajo, y una parálisis productiva que anuló las posibilidades de crecimiento del producto interno bruto de prácticamente todo el subcontinente.¹⁸

Científicos sociales de diversas orientaciones comenzaron a replantear problemas escasamente reconocidos por muchos de sus colegas al principio de la década: ¿era suficiente con una democracia electoral para paliar los graves conflictos sociales que se producían en la "transición"? ¿Qué efectos tendrían el deterioro en los niveles de vida, la fragmentación social y la pérdida de credibilidad de los gobiernos civiles en las frágiles democracias instaladas? ¿Se iniciaría una nueva era de violencia, que pudiera

¹⁷ Cf. Norbert Lechner, ed., *¿Qué significa hacer política?*, Bogotá, CLACSO, 1981; *La conflictiva y nunca acabada construcción de lo deseado*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI, 1986; y la compilación *Cultura política y democratización*, Buenos Aires, CLACSO, 1987; asimismo, valdría la pena revisar con detalle la evolución de las revistas *David y Goliath*, editada por FLACSO-Santiago, y *Crítica y utopía*, editada por CLACSO en Buenos Aires, que son básicamente representativas de esta corriente.

¹⁸ CEPAL, *La dinámica del deterioro social en América Latina y el Caribe en los años ochenta*, abril de 1989.

incluso culminar con golpes militares? ¿Quién podría salvar, por último, el precario "orden" en condiciones de tal desorden social e institucional?¹⁹

El peso de las otras violencias: la guerra como forma de vida

A mediados de la década de los ochenta, dos acontecimientos evidenciaron, en un sentido más, la precariedad de las tesis sobre el orden y la ruptura institucional elaboradas desde el Cono Sur: el incendio del Palacio de Justicia colombiano por órdenes del ejército, presumiblemente con el conocimiento del presidente Belisario Betancur, y el asesinato de los presos políticos de la cárcel de Lurigancho, por instrucciones del ejército peruano y con la anuencia del presidente Alán García. Semejantes crímenes no eran el producto de las perversas mentes dictatoriales conocidas en la década anterior, sino un ajuste de cuentas que se asumía como necesario para "depurar" el funcionamiento de regímenes democráticos.²⁰

La violencia, no sólo aquélla que se plantea con fines revolucionarios, sino la más cruda, la que se convierte en forma de vida, comenzó a aparecer como un elemento indispensable del estudio de una región en la que, como decía Agustín Cueva, si algo ha fracasado en términos sociales, es el capitalismo. La presunta asociación de tráfico de armas y drogas tomó por sorpresa a quienes pretendían demostrar que ambos fenómenos son ajenos al funcionamiento regular de regímenes instalados por el voto popular. No obstante, la vinculación de altos jefes militares, grandes empresarios, y grupos armados con un comercio internacional cada vez más intenso y alimentado por el mercado norteamericano, puso en evidencia dos hechos significativos: en primer lugar, la existencia, más que de una "economía informal" (desempleados y subempleados), de una "economía clandestina" de narcotraficantes, vendedores de armas y especuladores, convertida en fuente esencial de ingresos nacionales durante los periodos de crisis económica; en segundo lugar, la agudización de un

¹⁹ Cf. Enrique Iglesias et al. *Democracia y desarrollo en América Latina*, Bogotá, GEL, 1985; Isidoro Cheresky y Jacques Chonchol, *Crise e transformacão dos regimes autoritários*, Sao Paulo, Ed. ICONE, 1986; Agustín Cueva, *Tiempos Conservadores*, publicado en México como número monográfico de la revista A. de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, enero-abril de 1987; y del mismo autor, el "Posfacio" a la edición de 1990 de *El desarrollo...*, op. cit. También, José Steinleger, "Neo-esclavitud y democracia", ALAI, núm. 127, mayo de 1990; y Samir Amin, "El problema de la democracia en el Tercer Mundo Contemporáneo", en *Nueva Sociedad*, Caracas, núm. 112, marzo-abril de 1991.

²⁰ Cf. *Informe del Procurador General sobre la toma y posterior incendio del Palacio de Justicia*, Bogotá, 1987. Y en relación al asesinato de presos políticos peruanos en Perú, cf. el informe de America's Watch, *Tolerating abuses; violations of human rights in Peru*, Washington, 1988.

esquema intervencionista asociado al Pentágono norteamericano, la CIA y sus agencias subordinadas, como la DEA (Drug Enforcement Agency), y del cual participan los altos mandos militares de los países en que la violencia social aparece, durante esos mismos periodos, como especialmente intensa (Perú, Colombia, Bolivia, Haití).

En estas naciones, la violencia se ha constituido en un elemento fundamental para la reproducción de un sector de "capitalismo perverso" cuya presencia en la agricultura, la industria, las finanzas y el comercio alcanza ingresos multimillonarios que pudieran servir para pagar, en un solo año, la deuda externa. No es ésta, pues, una condición transitoria de la que puedan (o quieran) desprenderse regímenes cuya precariedad institucional los coloca permanentemente al borde del abismo, sino una parte constitutiva de la estructura social, indispensable al mantenimiento del *status quo*. Es ésta, tal vez, la constatación que ha comenzado a poblar las ciencias sociales de nuestros países y que constituyó un dramático desmentido a muchas tesis sobre la institucionalización de la democracia.²¹

Y si ésta es una tendencia extrema, que afecta hasta ahora a los países en los cuales las formas de organización colectiva han resistido menos la agresividad de semejante "depuración" y reconstitución del capitalismo, no ha dejado de convertirse en invasión silenciosa en otros, como México, Brasil y Argentina, cuya institucionalidad se ha visto cuestionada en los últimos años por importantes movimientos sociales y políticos que tienden a reconstituir, por acción u omisión, el conjunto del tejido social existente. Son temas, desde luego, cuya evidencia ha impactado a las ciencias sociales del continente, pero a los cuales, precisamente por razones de precariedad institucional, no ha podido darse en todos los casos una respuesta adecuada y completa.

Unidad en la desgracia: la América Latina de los noventa

Hacia el fin de la década de los ochenta, fue a todas luces evidente que las condiciones que habían tendido a distinguir a los países latinoamericanos

²¹ Mariclaire Acosta, "La violación generalizada de los derechos humanos como política de gobierno: notas sobre el caso latinoamericano" en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM, núm. 46, enero-marzo de 1984; Senado del Perú, *Violencia y pacificación*, Lima, DESCO/Comisión Andina de Juristas, 1989; Horacio Riquelme, ed., *Era de nieblas: derechos humanos, terrorismo de Estado y salud psicosocial en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1990; Carlos Toranzo, *Las condiciones de la violencia en Perú y Bolivia*, La Paz, ILDIS, 1990; Augusto Varas, *Jaque a la democracia: orden internacional y violencia política en América Latina*, Buenos Aires, RIAL-GEL, 1990; además, recomendamos el excelente análisis del marco internacional de esta nueva política elaborado por Noam Chomsky, *Pirates & emperors: international terrorism in the real world*, Montreal/N.Y., Black Rose Books, 1991 y *The culture of terrorism*, Boston, South End Press, 1988.

en los años setenta, volvían a presentarse como modalidades de patrones semejantes: la aplicación de recetas del Fondo Monetario Internacional tuvo por doquier las mismas características y muy semejantes consecuencias; independientemente del signo ideológico original de los gobiernos electos, la mayor parte coincidió en la "necesidad" de aplicar medidas "antipopulares" para paliar los efectos de la crisis en la estructura productiva del país. El neoliberalismo se volvió la moneda corriente de un orden institucional cuya independencia económica, margen de acción política e incluso capacidad de gestión social se fueron súbitamente al basurero de la historia.²²

La reconstrucción científica de lo ocurrido durante los últimos años fue sugerida por la CEPAL, cuyos indicadores económicos y sociales la condujeron a establecer que la recientemente concluida era una "década perdida" para el desarrollo de la región. A fines de los ochenta, todas las cifras coincidían en una pérdida generalizada de los niveles de inversión, ingreso y ahorro hasta el punto en que se encontraban a principios de los años setenta. En estricto sentido, entonces, debiera hablarse no de diez, sino de veinte años "perdidos" para el crecimiento y desarrollo de la región.²³

La otra perspectiva, aquella que reconoce la asociación de la violencia con procesos de deterioro económico y social asociados a la restructuración capitalista, está en gran medida pendiente, aunque llena ya los espacios de los medios de comunicación. Un país como Venezuela, por ejemplo, que se asoció al *boom* petrolero de mediados de los setenta, y que aún provee —como México— crudo a bajo precio a algunos de sus vecinos caribeños y centroamericanos, ha vivido una dramática reversión del orden institucional durante la segunda presidencia del ex-populista Carlos Andrés Pérez. A los intentos de golpe de Estado se agregan violentos estallidos sociales que han desestabilizado por completo a un régimen sobre cuya credibilidad inicial se montó un programa de agudo castigo social. Algo semejante ha ocurrido en Argentina, durante la presidencia del peronista Saúl Menem, y en México, acosado por la violencia electoral y un incierto camino de modernización social y económica. A este recuento, debemos añadir el autogolpe de Fujimori en Perú, el proceso que llevó a la destitu-

²² Cf. Los artículos de Nils Castro, "Viabilidad de la socialdemocracia. La agenda latinoamericana de hoy y de mañana", de Agustín Cueva, "¿Hacia dónde va nuestra socialdemocracia?" en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA/UNAM, núms. 6-7, enero-diciembre de 1989; y de Kim Ki-Hyun, *La derechización de la socialdemocracia latinoamericana*, Tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, FCPS-UNAM, 1991.

²³ Cf. Los informes y balances anuales de CEPAL de los años 1989, 1990 y 1991.

ción de Fernando Collor de Mello en Brasil, y las tensiones sociopolíticas de la transición democrática en Chile, Uruguay y Paraguay.

La invasión a Panamá y el continuo hostigamiento a Cuba son, al lado del derrocamiento del gobierno mayoritariamente electo de Jean-Bertrand Aristide, algunos de los hechos que obligan a los científicos sociales del continente a interrogarse una vez más sobre el destino de regímenes cuya estabilidad económica, política y militar depende crecientemente de una intrincada red de relaciones internacionales, cuyo eje central son las poco generosas y cada vez más agresivas potencias capitalistas. Semejante preocupación, sumada a la de la reestructuración del "orden" internacional que fundó la segunda posguerra, conmueve hoy los cimientos de una ciencia social que se había conformado mayoritariamente con el análisis de los cortos plazos y que ha tenido que desempolvar, también en un breve periodo, lo avanzado durante los primeros años de la década de los setenta, para reemprender el camino del conocimiento de una región que ha resultado mucho más rica en experiencias y problemas que ninguno de sus intérpretes.²⁴

Hacia el fin de siglo, ¿fin de la historia?

Intentaré ahora, para concluir este indudablemente incompleto recuento, algunas de las líneas con que nuestros científicos sociales han comenzado a perfilar el fin de siglo y las expectativas que en torno a él podemos formarnos quienes habitamos esa región del mundo que es América Latina. Quisiera concentrarme en tres problemas que merecen ya y seguramente merecerán en el futuro la atención y el interés de nuestros colegas: la cuestión de la reestructuración económica del capitalismo y el modo actual de inserción de nuestra región en el llamado "mercado mundial"; las condiciones y tendencias de los conflictos sociopolíticos, tanto a nivel nacional, como regional; y las perspectivas de transformación social que se perfilan en un continente que no ha dejado de vivir los efectos de la crisis del "socialismo real".

El estudio de la reestructuración económica del capitalismo, que ha sido emprendido por científicos sociales de todas las latitudes, alimenta a los nuestros a partir de la constatación de cambios evidentes en la división internacional del trabajo, en los que se asigna a nuestra región una posición subordinada: de transferencia neta de recursos financieros por la vía del

²⁴ Cf. Agustín Cueva, Lucrecia Lozano y Raquel Sosa, *América Latina a fines del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, 1992.

pago de la deuda externa; abandono de toda pretensión soberana e incorporación a los mecanismos impuestos por las grandes potencias del comercio internacional (tratados de libre comercio, fin del proteccionismo económico, etcétera) y, por último, "flexibilización" de los procesos de trabajo para adecuarlos a los ritmos y necesidades de la inversión (pérdida de condiciones pactadas de trabajo, fin de los contratos colectivos, cierre o cambio de giro de las empresas, etcétera). Como consecuencia de esta última esperan las potencias capitalistas, por ejemplo, llegar a controlar los flujos, ritmos y condiciones de la fuerza de trabajo migrante que hasta hoy arriba al corazón de sus ciudades.²⁵

No escapa a nuestros investigadores la recesión que amenaza a las grandes potencias y que ya ha hecho estragos en la economía norteamericana. Sus efectos permiten prever un endurecimiento de las condiciones de inserción subordinada de nuestra región al mercado internacional (deterioro continuo y drástico de los precios de las materias primas, nuevas alzas en las tasas de interés que hagan impagable la deuda externa, parálisis de la inversión extranjera productiva y hasta nuevas agresiones militares).²⁶ Es cada vez más urgente, por ello, recuperar las experiencias de integración regional que han existido en el pasado y darles un perfil y una proyección que las adecue a las nuevas condiciones. Se trata de buscar, desde diversos escenarios posibles, respuestas regionales a los cambios de la situación internacional.²⁷

Los cambios ocurridos en las décadas anteriores han tenido efectos sociopolíticos considerables que van desde una desestructuración de la fuerza de trabajo activa, el establecimiento de lo que se conoce como

²⁵ Cf. Los trabajos de Pablo González Casanova, Ruy Mauro Marini y Adrián Sotelo en *América Latina a fines...*, op. cit.; de Estela Gutiérrez, ed., *Testimonios de la crisis*, (3 tomos), México, Siglo XXI, 1988; de José Valenzuela, "La crisis del neoliberalismo" en *Memoria*, México, CEMOS, núm. 75, junio de 1991; de François Houtart, "Concertación y modelos de desarrollo en el Tercer Mundo", *Envío*, Managua, no. 119, septiembre de 1991.

²⁶ Cf. René Dreyfuss, *La internacional capitalista*, Sao Paulo, 1990; Fernando Fajnzylber, *La caja de Pandora*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1990; Xavier Gorostiaga, "El fin de la guerra fría no ha llegado al trópico", *ALAI*, núm. 134, enero de 1991; John Saxe-Fernández, "Iberoamérica en el contexto internacional: continuidades y discontinuidades" en *América Latina a fines...*, op. cit.; del mismo autor, "La doctrina de las áreas amplias: su relevancia para México", Universidad Autónoma Metropolitana, 1992; y "Aspectos estratégico-militares en el proyecto de integración de México con Estados Unidos y Canadá" en *La integración comercial de México a Estados Unidos y Canadá*, México, Siglo XXI, 1991.

²⁷ A ello se ha dedicado, por ejemplo, Alfredo Guerra-Borges, de quien referimos solamente el texto más reciente, *La integración de América Latina y el Caribe*, México, UNAM, 1991; desde la perspectiva caribeña, son notables los trabajos de Aline Frambes-Buxeda y Jorge Rodríguez Beruff, una muestra de los cuales apareció en *América Latina a fines...*, op. cit., pero que pueden consultarse, con los de otros especialistas, en la excelente revista *El Caribe Contemporáneo*, editada por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM.

“economía informal” —y que no es sino una forma de gestión social de un cada vez más alto desempleo—, hasta la formación de organizaciones sociales (movimientos, corporaciones e instituciones) por medio de las cuales las sociedades tienden a dar una respuesta a la crisis. La supervivencia colectiva pasa por fenómenos políticos extraordinariamente interesantes y que han motivado desde hace ya unos años el interés de nuestros investigadores: recomposición de alianzas, formación de frentes nacionales, crisis y restructuración de organizaciones anteriormente existentes, estallidos de violencia “espontánea” y recrudecimiento de ciertas formas de violencia organizada, experiencias colectivas de gestión urbana y rural, nuevas formas de participación y representación política, hasta cambios en la composición, funcionamiento y organización del Estado.²⁸

La experiencia de sociedades que han vivido largos periodos de depresión, crisis, guerras y dictaduras, no deja de ser extremadamente delicada, y es susceptible aún de múltiples esfuerzos de análisis. El modo en que tiende a producirse y reproducirse la vida colectiva, las formas de lucha por la supervivencia, la resistencia y reacción a la opresión política y económica, el interés o desinterés en los eventos políticos, los efectos de los medios de comunicación, las expresiones culturales y artísticas, la religión y las iglesias: todos estos fenómenos constituyen un objeto de estudio particular y novedoso, del que nuestros científicos sociales han extraído ya conclusiones significativas.²⁹

Finalmente, la década que se inicia antes del fin de siglo y fin de milenio, ofrece amplias perspectivas a la imaginación: la discusión de la vigencia de las utopías decimonónicas tiende a ceder el paso a la reconstrucción de la propia experiencia y a la formulación de utopías y proyectos de realidad que atiendan menos a la imitación de modelos externos y más a la propia acumulación simbólica. El desasosiego que ha producido entre nuestros intelectuales y en una franja importante de la izquierda latinoamericana la crisis del socialismo real, tiende a dar paso a reflexiones que incorporen,

²⁸ Cf. Entre otros, Julio Cotler, *Segmentación social, fragmentación política y cultura de la violencia en Perú*, Nueva York, University of Columbia, 1990; Eduardo Ruiz Contardo, “La nueva democracia: ¿farsa o incapacidad?” en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA/UNAM, núm. 2, enero-junio de 1987; los trabajos compilados por Pablo González Casanova en *América Latina Hoy*, México, Siglo XXI, 1991; Agustín Cueva, *Las democracias restringidas en América Latina*, Quito, Planeta, 1988; y Atilio Borón, *Estado, capitalismo y democracia*, Buenos Aires, 1991.

²⁹ Cf. Paulo Krischke e Ilse Scherer, eds., *Uma revolução no cotidiano*, Sao Paulo, Ed. Brasiliense, 1986; Julio Labastida, coordinador, *Movimientos sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1989; Frei Betto, “Movimientos populares: desafíos y perspectivas”, *ALAI*, núm. 131, septiembre de 1990; así como el núm. 105 de la revista venezolana *Nueva Sociedad*.

de un modo más verdadero, el acervo cultural, ideológico y político de que dispone nuestra propia región.³⁰

No se trata, desde luego, de retomar simplemente la originalidad que descubrimos en los cincuenta y en los sesenta. Al fin y al cabo, las fronteras de lo posible estarán cercadas por el futuro de Panamá, Cuba y Haití, donde se concentra hoy lo más agudo de la problemática de la soberanía nacional y del imaginario de nuestro subcontinente.³¹ Deberemos, más bien, redescubrir nuestra propia experiencia, las formas de relación que hemos aprendido, las pequeñeces y grandezas de nuestra historia, y formular, de manera tentativa, entre el pasado y el futuro, una opción de mundo mejor, más digno, más plural y menos destructivo que el que heredamos. A ello nos convocan este continente, que ha sobrevivido hasta ahora a sus desgracias, y nuestro conocimiento acumulado de lo que somos y podemos ser.

³⁰ Cf. Los trabajos de Clodomiro Almeyda, Carlos Vilas y Lucio Oliver en *América Latina a fines...*, op. cit.; y Jorge Castañeda, "Latinoamérica y el final de la guerra fría". *Leviatán*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, núm. 42, invierno de 1991.

³¹ Cf. James Petras y Morris Morley, "El socialismo cubano: la rectificación y el nuevo modelo de acumulación". México, *Cuadernos de Política Internacional* del Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, núm. 52, junio de 1990; Fernando Martínez Heredia, "El socialismo cubano: perspectivas y desafíos" en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 9, julio-diciembre de 1990; Gerardo González Núñez, "Cuba frente a los cambios del sistema internacional", en *El Caribe Contemporáneo*, núm. 23, julio-diciembre de 1991; Gregorio Selser, "Haití: el drama permanente de su pueblo. Entrevista al sacerdote Jean-Bertrand Aristide" en *El Caribe Contemporáneo*, núm. 22, enero-junio de 1991; y los documentos "El Acuerdo de Unión Patriótica y la candidatura presidencial del Padre Aristide en Haití", "El proyecto Lavalás y la lucha de la nación por la democracia en Haití", y "Discurso de toma de posesión del presidente de Haití, Jean-Bertrand Aristide, el 7 de febrero de 1991" en *El Caribe Contemporáneo*, núm. 23; Gregorio Selser, "Panamá: Soberanía versus democracia (entrevista a Raúl Leis)" en *Estudios Latinoamericanos*, núms. 6-7; Jorge Turner, "La invasión norteamericana en Panamá y el futuro del canal". Ponencia presentada en el Encuentro Internacional de Latinoamericanistas, América Latina a fines del siglo XX. México, CELA-FCPS, UNAM, septiembre de 1990.